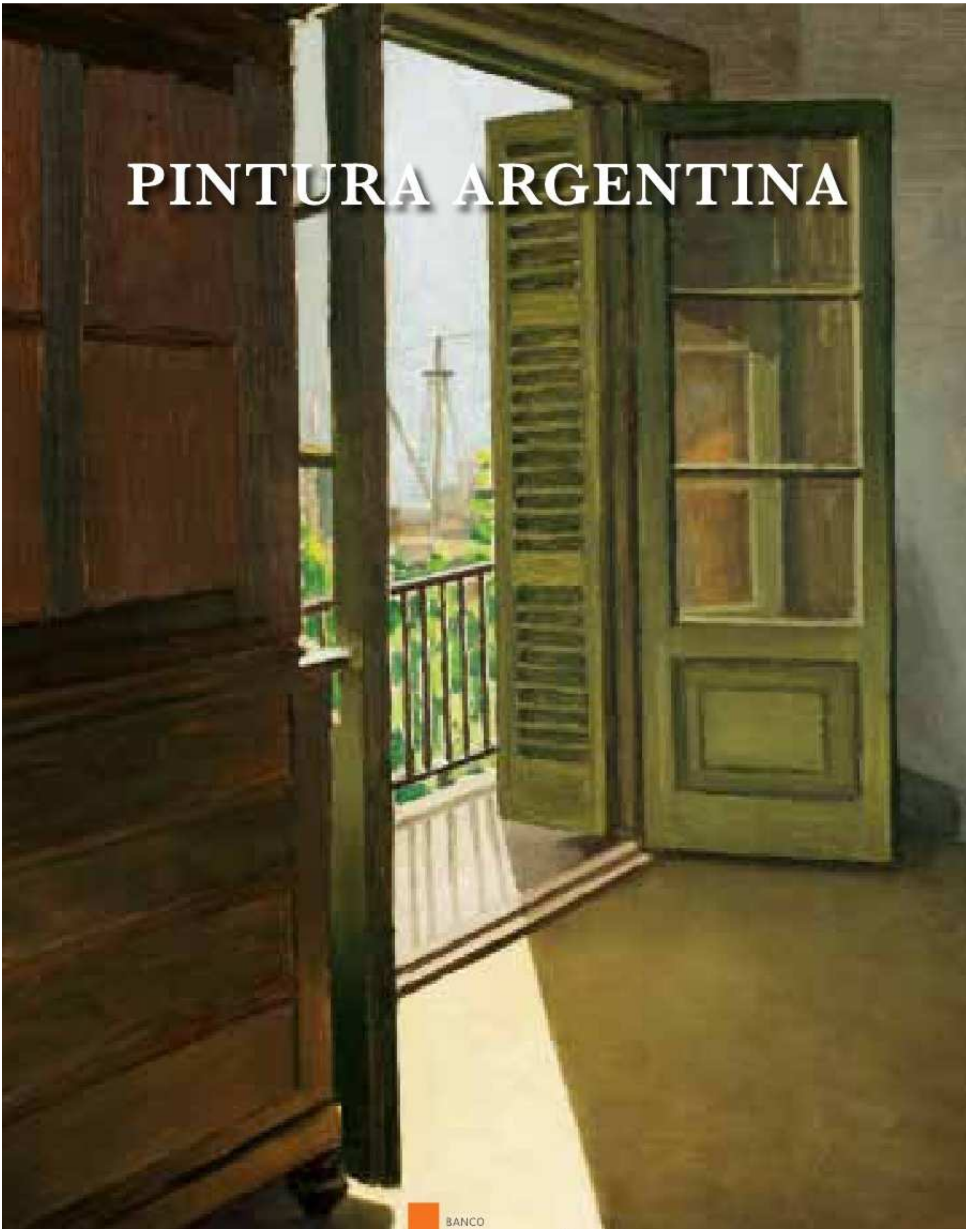
PINTURA ARGENTINA



BANCO

PINTURA ARGENTINA

INICIATIVA CULTURAL
LOS ESTUDIANTES Y EL ARTE

BANCO
Hipotecario

Kenneth Kemble (1923-1998)
Sin título, 1961
Tela y enduido sobre tela, 21,5 x 20 cm
Colección privada

En tapa: **Fortunato Lacámera** (1887-1951)
Desde mi estudio. Óleo sobre hardboard, 70,5 x 50,5 cm
Colección privada

En retiración de tapa: **Carlos Enrique Pellegrini** (1800-1875)
Recova y arco, 1829. Acuarela sobre papel, 41 x 31 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

En contratapa: **Luis Fernando Benedit** (1937-2011)
Sin título, ca. 1967-1968. Esmalte sobre madera, 202 x 136 cm
Colección privada

En retiración de contratapa: **Antonio Seguí** (1934)
Una esquina, 2004. Óleo sobre tela, 55 x 46 cm
Colección privada

PINTURA ARGENTINA

INICIATIVA CULTURAL

LOS ESTUDIANTES Y EL ARTE

La juventud es el mayor capital que tiene cualquier país. Es el futuro, es la esperanza.

Por eso, consustanciados con la que siempre ha sido la misión del Banco Hipotecario, apostamos y trabajamos por el futuro con esta publicación destinada esencialmente a los jóvenes.

Aun cuando una pequeña parte de la edición será ofrecida como material básico de consulta y de introducción al conocimiento de la pintura argentina para el público en general, la parte fundamental de ella está dirigida a aquellos jóvenes que culminan sus estudios secundarios. Es complicado llegar a todos como hubiésemos querido, pero la tecnología es, una vez más, la herramienta que nos abre las puertas hacia incontables destinos.

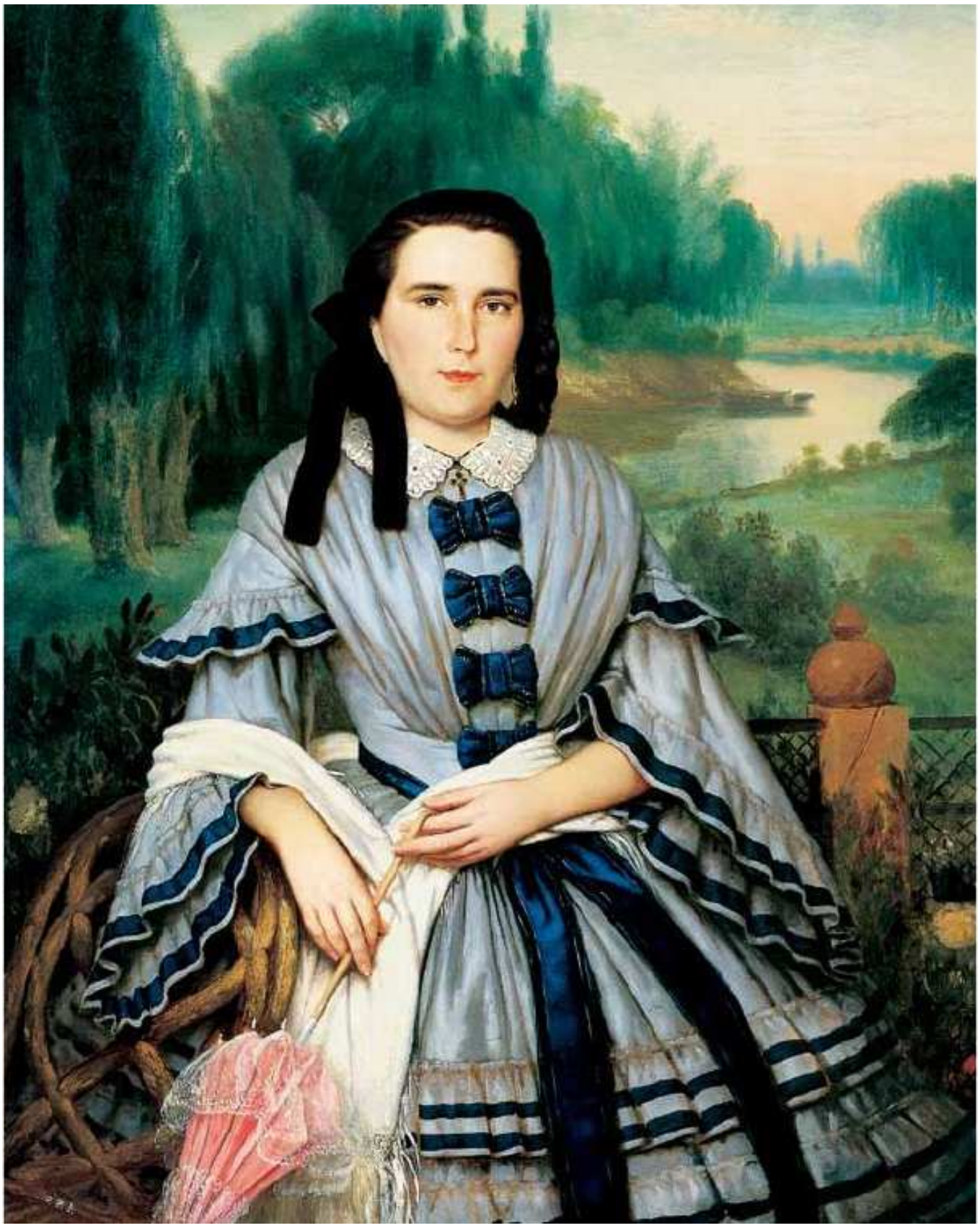
La publicación consiste en un acotado panorama de la pintura argentina, entendiéndolo como uno de los muchos posibles dada la gran diversidad artística propia de nuestro país. Tiene por fin inculcar en los jóvenes familiaridad y afecto hacia la pintura.

Fomentar el interés por las diferentes expresiones artísticas –la música, la literatura, la pintura, el teatro, etc.– abre una dimensión espiritual en el carácter de las personas, y a través de este libro queremos contribuir al desarrollo de la juventud.

Este pequeño aporte –apenas un grano de arena en la inmensa tarea por realizar– ratifica nuestro compromiso con la sociedad argentina, en ocasión del 129º Aniversario del Banco Hipotecario.

Eduardo Elsztain
Presidente

BANCO Hipotecario



Prilidiano Pueyrredón (1823-1870)
Retrato de Elvira Lavalleja de Calzadilla, 1859
Óleo sobre tela, 125,5 x 100,5 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

La pintura argentina

Laura Malosetti Costa

El arte de la pintura tiene una fuerte tradición en la Argentina, aun cuando no hubo aquí una academia hasta fines del siglo XIX y fueron muy esporádicos los viajes de pintores a la región, como artistas de paso o como inmigrantes.

La pintura, por otra parte, cumplió funciones muy diferentes en la vida social a lo largo del tiempo. Tuvo durante siglos un importante lugar consagrado al culto religioso. Pero además, antes de la invención de la fotografía, fue el modo de preservar, reproducir y trasmitir la apariencia de las personas y los rasgos de ciudades, paisajes, plantas y animales.

Muchas imágenes que hoy valoramos como obras de arte, conservadas en museos y colecciones privadas, tuvieron como finalidad ser copiadas en grabado para álbumes y revistas, ilustrar relatos de viajes o acompañar estudios científicos. Es el caso de las acuarelas de Carlos Enrique Pellegrini, Léon Pallière, Ernest Charton y Giuseppe Aguyari, entre otros. Esos artistas europeos crearon un universo de imágenes de gauchos, labores rurales, paisajes y escenas urbanas que se inscribieron en el género de "trajes y costumbres", que circuló alrededor del planeta en el siglo XIX y alimentó la curiosidad de los públicos más diversos por conocer la apariencia de personajes y territorios imaginados, lejanos y legendarios.

La pintura trasmitió también valores, ideas, creencias. El género alegórico creó imaginarios republicanos y acompañó la formación de las naciones americanas a lo largo del siglo XIX.

Pero tal vez su función más importante en las sociedades burguesas antes de la difusión de la fotografía haya sido el retrato, aunque no cualquiera podía acceder a ese privilegio. La pintura de retratos estuvo reservada a personajes destacados del gobierno y de la guerra, o bien a quienes fueran suficientemente ricos como para pagarlos. Fue ésa la principal actividad de los pintores europeos que se radicaron en la Argentina y de los primeros pintores nacionales, entre los que se destaca Prilidiano Pueyrredón, miembro de la alta sociedad porteña y educado en París.

La ilusión, la captación del parecido con la realidad, la capacidad de asombrar con los detalles o deslumbrar con la grandilocuencia fueron los motores principales que garantizaron la enorme difusión de las imágenes que producían el dibujo y la pintura y que derivaron –a mediados de siglo XIX– en la invención de dispositivos mecánicos: la fotografía y más tarde el cine. Desde entonces, la pintura, emancipada de sus antiguos roles, tomó caminos nuevos y diversos. Se tornó pura expresión, abstracción, se volvió cubista, surrealista, informalista, se contaminó de otras artes, se expandió, explotó.

Sobre el fin del siglo XIX la Argentina adquirió fama mundial por la riqueza de sus campos; fue el destino de millones de emigrantes europeos que llegaron con expectativas de progreso y felicidad. Buenos Aires se convirtió en unas pocas décadas en una metrópolis moderna, tal vez la más europea de Sudamérica. Se construyeron y decoraron palacios y viviendas burguesas, se abrieron anchas y modernas avenidas y se fundaron los primeros museos. Llegaron de Europa artistas, dibujantes, caricaturistas, ilustradores, tallistas y decoradores de techos. Tanto las industrias gráficas como las artes aplicadas tuvieron en ese fin de siglo un extraordinario impulso. La pintura y la escultura también se transformaron: varios jóvenes argentinos viajaron para formarse como artistas en las prestigiosas academias de Francia, Italia y España. En su mayoría, esos jóvenes eran hijos de inmigrantes. Entre ellos se destacaron Eduardo Sívori, Eduardo Schiaffino, Ángel Della Valle, Ernesto de la Cárcova. Esos artistas fueron fundamentales, no solo por haber realizado obras que se volvieron emblemáticas del naciente arte nacional, sino también porque fueron quienes fundaron el Museo de Bellas Artes, la Academia y otras instituciones artísticas.

El arte argentino comenzó a valorarse y a mirarse en el espejo del arte internacional. Se generaron debates en los diarios, empezaron a formarse un público y un gusto por las exposiciones de arte. Se iniciaba una tradición local de salones, museos y galerías en Buenos Aires y, un poco más tarde, en otras ciudades como Rosario y Córdoba, pero esos artistas también vincularon el naciente arte nacional con los escenarios europeos y americanos. Fue un momento de gran optimismo que sentó las bases para un movimiento, que no se detuvo nunca, de intercambio con las grandes metrópolis, de polémicas y, a la vez, de afianzamiento de una identidad y un patrimonio artístico.

Cándido López, uno de los integrantes de esa generación, valorado hoy por la originalidad de sus pinturas de batallas, poco convencionales, en extraordinarios paisajes, no fue, sin embargo, apreciado como tal en su momento. Le llamaron "el manco de Curupaytí", pues perdió su mano derecha en esa batalla de la Guerra del Paraguay, en 1866. Se había formado como pintor en Buenos Aires con el italiano Baldassare Verazzi y fue como voluntario a esa contienda, la más devastadora de las muchas que enfrentaron las naciones del Cono Sur. En 1885 y 1893 presentó, en su calidad de lisiado de guerra, dos series de pinturas que ni su autor ni el público de ese momento consideraron arte, sino documentos visuales, testimonios "verdaderos" de un protagonista de aquellos sucesos.

En la primera década del siglo XX el impulso nacionalista que acompañó la celebración del primer Centenario de la Revolución de Mayo incentivó de diversas maneras el arte nacional: se celebró una importante exposición de pintura y escultura en 1910, luego de la cual siguieron realizándose salones nacionales periódicos, que continúan hasta el día de hoy. Pero, además, los pintores empezaron a indagar y discutir cuáles serían los rasgos de un arte nacional. Si antes se pensaron las ciudades como baluartes de civilización sobre la barbarie, en el comienzo del siglo XX se concibió la ciudad como una nueva barbarie que venía de ultramar con los millones

de inmigrantes, el materialismo mercantil y la nueva pobreza urbana. El espíritu nacional se buscó en las costumbres gauchas y en el paisaje. Desde Martín Malharro hasta la mayoría de los integrantes del grupo Nexus –Fernando Fader, Cesáreo Bernaldo de Quirós, entre otros– encararon sus búsquedas formales y cromáticas pintando paisajes de la pampa, de las sierras de Córdoba, escenas gauchescas. Pío Collivadino, en cambio, inauguró una nueva tradición de paisajes urbanos de Buenos Aires que pronto tendría un importante desarrollo en la obra de Benito Quinquela Martín y los llamados pintores de la Boca del Riachuelo. Ésa fue la barriada de los italianos, el puerto de llegada de inmigrantes y del trabajo en la carga y descarga de barcos. Desde los años treinta, artistas como Víctor Cúnsolo, Fortunato Lacámera, Horacio March, entre otros, plasmaron escenas de una rara serenidad, casi metafísica, de esas calles y conventillos de la ribera. Allí, en la Boca, y en Barracas, barrios de trabajadores y de sindicatos anarquistas y socialistas, surgió el grupo conocido como Artistas del Pueblo, quienes se dedicaron fundamentalmente al grabado para intervenir con sus obras en las luchas y reclamos sociales.

Desde la década de 1920, los artistas que regresaban de largas estadías en Europa, de vida bohemia y vinculación con los círculos de la vanguardia, introdujeron el lenguaje de las nuevas tendencias del siglo XX en sus obras y transformaron, en una interacción fecunda con poetas e intelectuales, el clima artístico de Buenos Aires y de otras ciudades que también se modernizaban rápidamente: Rosario, Mar del Plata, La Plata, Córdoba y Mendoza. Irrumpía una sensibilidad moderna que las revistas culturales ponían en escena. Discusiones estéticas y políticas, gestos desafiantes, burlas y manifiestos alimentaron las páginas de revistas como *Martín Fierro*, *Prisma*, *Inicial*, *Plus Ultra*, *Claridad*, *Campana de Palo* y, más tarde, *Arturo* y la muy influyente *Ver y Estimar*. Fueron revistas producidas y leídas con avidez por artistas, intelectuales y críticos, que acompañaban sus búsquedas y que produjeron no solo polémicas, sino también sintonías con el escenario internacional.

En 1924 volvían de su estadía europea Emilio Pettoruti y Alejandro Xul Solar, con importantes novedades formales e iconográficas. Poco más tarde regresaban Alfredo Guttero y los artistas del llamado Grupo de París: Raquel Forner, Alfredo Bigatti, Horacio Butler, Aquiles Badi, Antonio Berni, Héctor Basaldúa, Lino Enea Spilimbergo, Juan Del Prete, entre ellos. Nuevos lenguajes e ideas se pusieron en juego en sus cuadros, y si bien se ha hablado de cubismo, surrealismo, figuración lírica, etc., respecto de sus diversos estilos, el vínculo de los artistas argentinos con las vanguardias europeas nunca fue de alineamiento estricto con ninguna de ellas. Más bien se percibe a lo largo de todo el siglo XX una interacción crítica con las novedades europeas y americanas, tanto del norte como del sur.

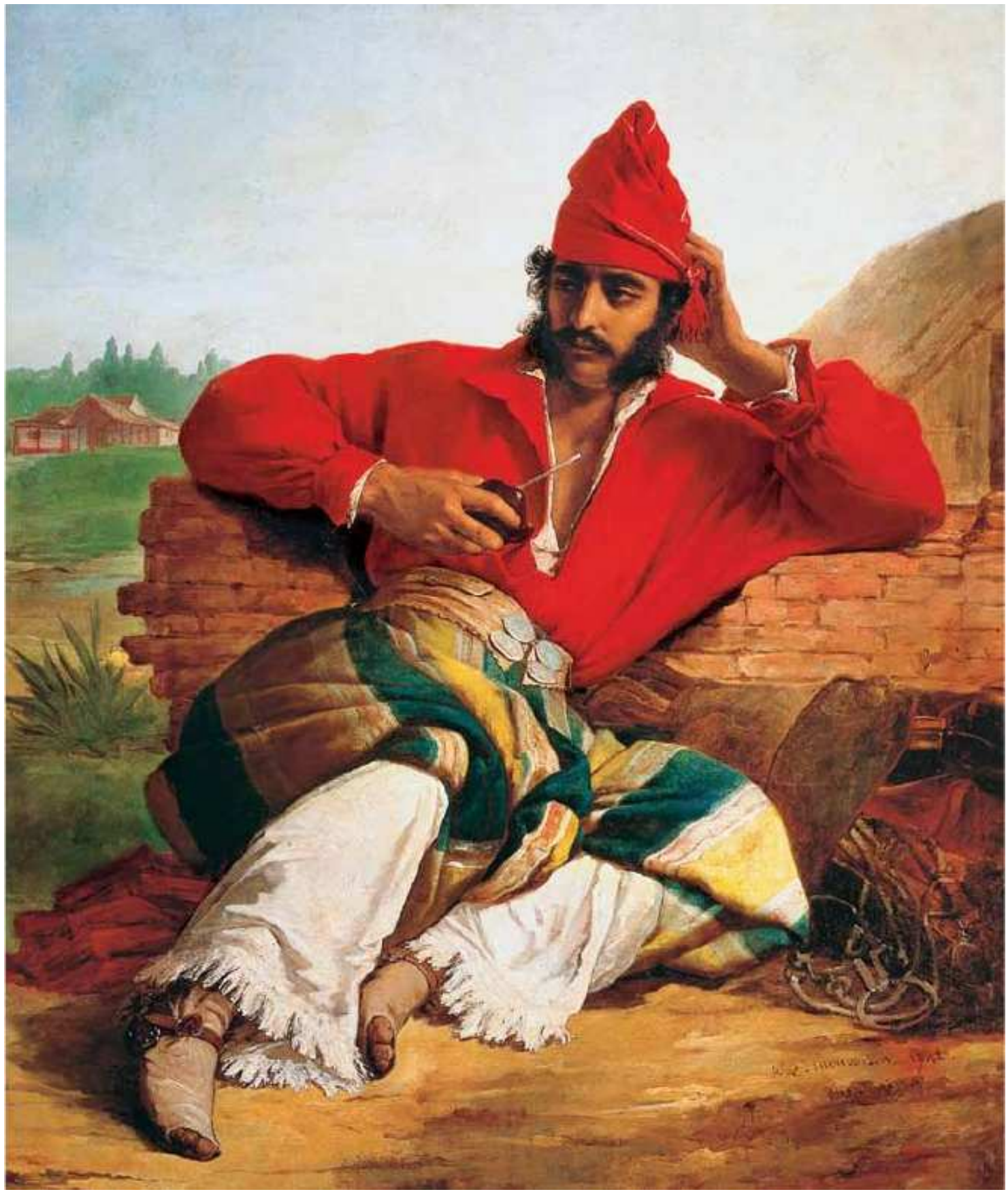
En este sentido, el viaje del mexicano David Alfaro Siqueiros en 1933 y el regreso de Joaquín Torres García a Montevideo en 1934 significaron hitos para el desarrollo de proyectos de vanguardia en clave regional. Antonio Berni y Lino Enea Spilimbergo formaron parte del Taller de Arte Mural que trabajó con Siqueiros en *Ejercicio plástico*, una pintura que abarcaba paredes, piso y techo de un espacio privado.

Las polémicas que se desataron acerca del muralismo y su función social alimentaron el estilo de Berni en los años posteriores, cuando hizo grandes telas de asunto social como *Manifestación*, *Desocupados* y *Chacareros*. Spilimbergo, por su parte, desarrolló una figuración más serena e introspectiva, con un manejo extraordinario del color.

En los años cuarenta se formaron grupos que sostuvieron otras ideas, antagónicas, respecto del carácter y función del arte. La pintura no debía copiar ni expresar nada fuera de sí: debía ser algo concreto, inventar mundos nuevos a partir de una actitud analítica rigurosa y sin rastros de subjetivismo de ningún tipo. Así, en sintonía con los movimientos abstractos e invencionistas internacionales que opusieron sus geometrías severas a la grandilocuencia retórica de la guerra y la apelación a las grandes masas, en 1945 surgieron Arte Concreto Invención y Madí: Tomás Maldonado, Lidy Prati, Raúl Lozza, Edgar Bayley y Alfredo Hlito, entre otros, formaron el primer grupo, en tanto que Gyula Kosice, Martín Blaszko, Rhod Rothfuss y el uruguayo Carmelo Arden Quin integraron Madí. No había rastros de pinceladas ni efusiones sentimentales en sus cuadros de colores planos y líneas netas, ni los marcos conservaron su forma tradicional, sino que se recortaron siguiendo los ritmos y tensiones de la obra que contenían.

A fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta, el concepto de "pintura" se amplió aún más: además del collage y las técnicas mixtas más diversas introducidas en el arte nacional por Antonio Berni, los artistas informalistas –Alberto Greco y Mario Pucciarelli entre ellos– y, poco después, el grupo Nueva Figuración –Luis Felipe Noé, Rómulo Macció, Ernesto Deira y Jorge de la Vega– tensaron al máximo sus posibilidades expresivas en obras que buscaban demoler todas las convenciones burguesas, las taras de la sociedad de consumo y del entretenimiento superficial; sacudir al público con sus exposiciones, *happenings* y performances. Telas rasgadas y arrugadas formando volúmenes empapados en pintura, desechos industriales, objetos encontrados en la basura y otros materiales insólitos abrieron un panorama nuevo de posibilidades expresivas y crearon una nueva poética para el arte figurativo, que, en nuestro medio, pocas veces estuvo desvinculado de la política, las utopías transformadoras y las preocupaciones sociales.

Ese impulso revolucionario sufrió el peso de las dictaduras y la mordaza de la censura. Los años setenta impusieron condiciones difíciles para las artes, que, sin embargo, lograron conservar su espíritu crítico en nuevos lenguajes plenos de metáforas y acciones desafiantes, muchas veces desde el exilio. Las obras de León Ferrari, Antonio Seguí, Pablo Suárez, Marcia Schvartz, Fermín Eguía, Roberto Aizenberg, así como las coloraciones verdes de Nicolás García Uriburu, representan algunas de esas múltiples manifestaciones hasta los tempranos ochenta, cuando el retorno de la democracia abrió nuevos caminos para el arte. Desde entonces, varias generaciones de artistas continúan explorando los lenguajes de la pintura, estableciendo diálogos críticos con las tradiciones, inventando nuevos universos y horizontes. Este libro reúne a varios de los más destacados creadores argentinos, aunque hubiera sido necesario mucho más espacio para hacer justicia a un arte que sigue desplegándose, rico y variado, en nuestro medio.



Raymond Auguste Quinsac de Monvoisin (1790-1870)
Soldado de Rosas, 1842
Óleo sobre cuero, 156 x 133,5 cm
Colección privada

Juan Léon Pallière (1823-1887)
Caravana de gauchos con sus carros cruzando la pampa
Óleo sobre tela, 45 x 78 cm
Colección privada

Juan Léon Pallière (1823-1887)
Idilio criollo, ca. 1861
Óleo sobre tela, 100 x 140 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

Prilidiano Pueyrredón (1823-1870)
Los capataces
Óleo sobre tela, 62 x 81 cm
Colección de Arte Amalia Lacroze de Fortabat, Buenos Aires

Ángel Della Valle (1852-1903)
La vuelta del malón, 1892
Óleo sobre tela, 186,5 x 292 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

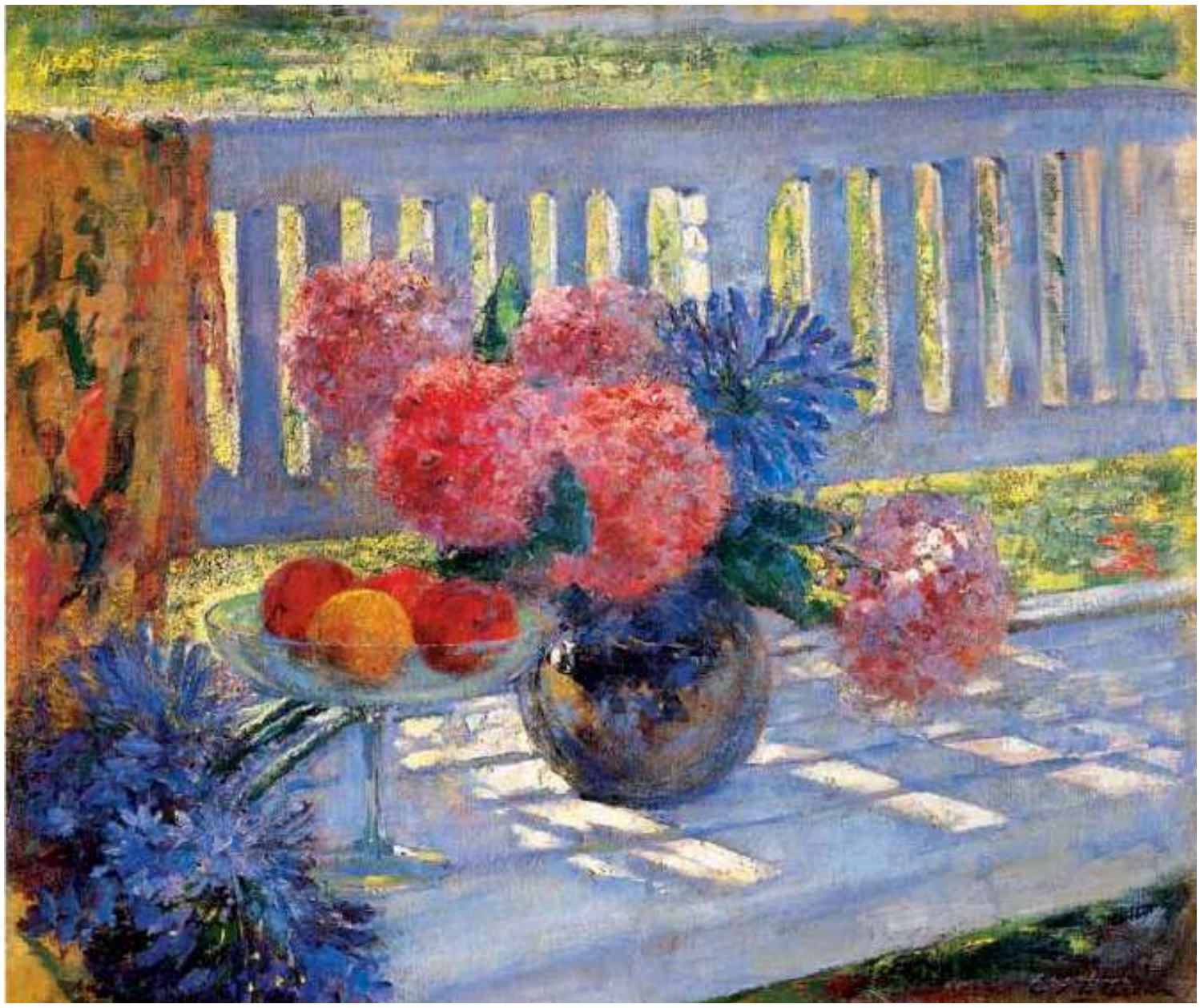
Cándido López (1840-1902)
Campamento argentino en los montes de la costa del río Paraná frente a Itapirú, 12 de abril de 1866, Provincia de Corrientes, entre 1876 y 1885
Óleo sobre tela, 41 x 108 cm
Museo Histórico Nacional, Buenos Aires

C Lopez

Ernesto de la Cárcova (1866-1927)
Sin pan y sin trabajo, 1893-1894
Óleo sobre tela, 125,5 x 216 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

Eduardo Sívori (1847-1918)
Retrato o *Retrato de la esposa* o *La esposa del pintor*, 1906
Óleo sobre tela, 90,5 x 64 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

Cesáreo Bernaldo de Quirós (1881-1968)
Hortensias, 1912
Óleo sobre tela, 94 x 104 cm
Colección privada

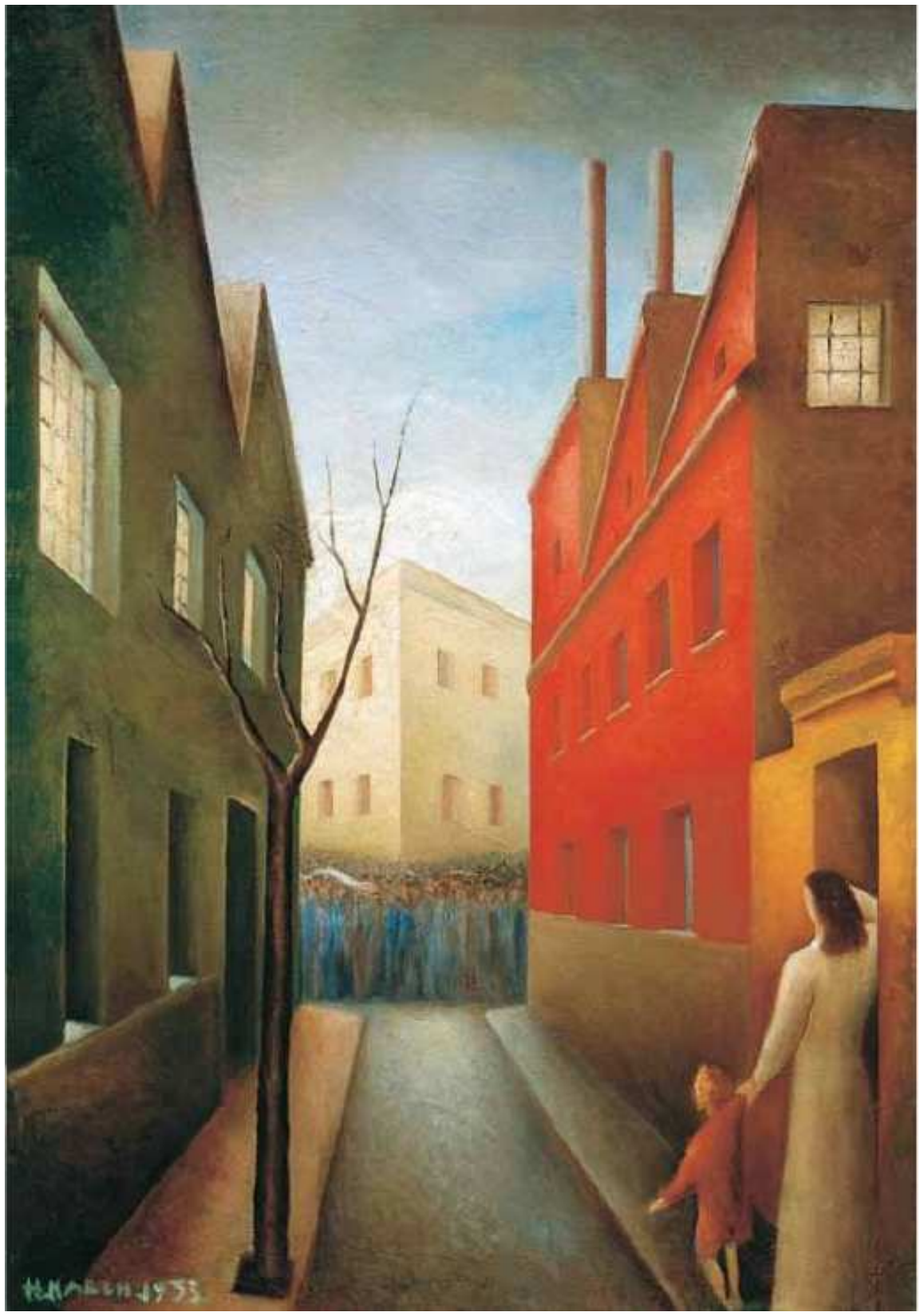


Ernesto de la Cárcova (1866-1927)
El banco del jardín, 1927
Óleo sobre tela, 78 x 92 cm
Colección privada

Martín Malharro (1865-1911)
Las parvas o *La pampa de hoy*, 1911
Óleo sobre tela, 65,5 x 82 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

Fernando Fader (1882-1935)
La tarde (serie *La vida de un día*), 1917
Óleo sobre tela, 80 x 100 cm
Museo Castagnino+macro, Rosario

Pío Collivadino (1869-1945)
Riachuelo
Óleo sobre tela, 68 x 80 cm
Colección privada



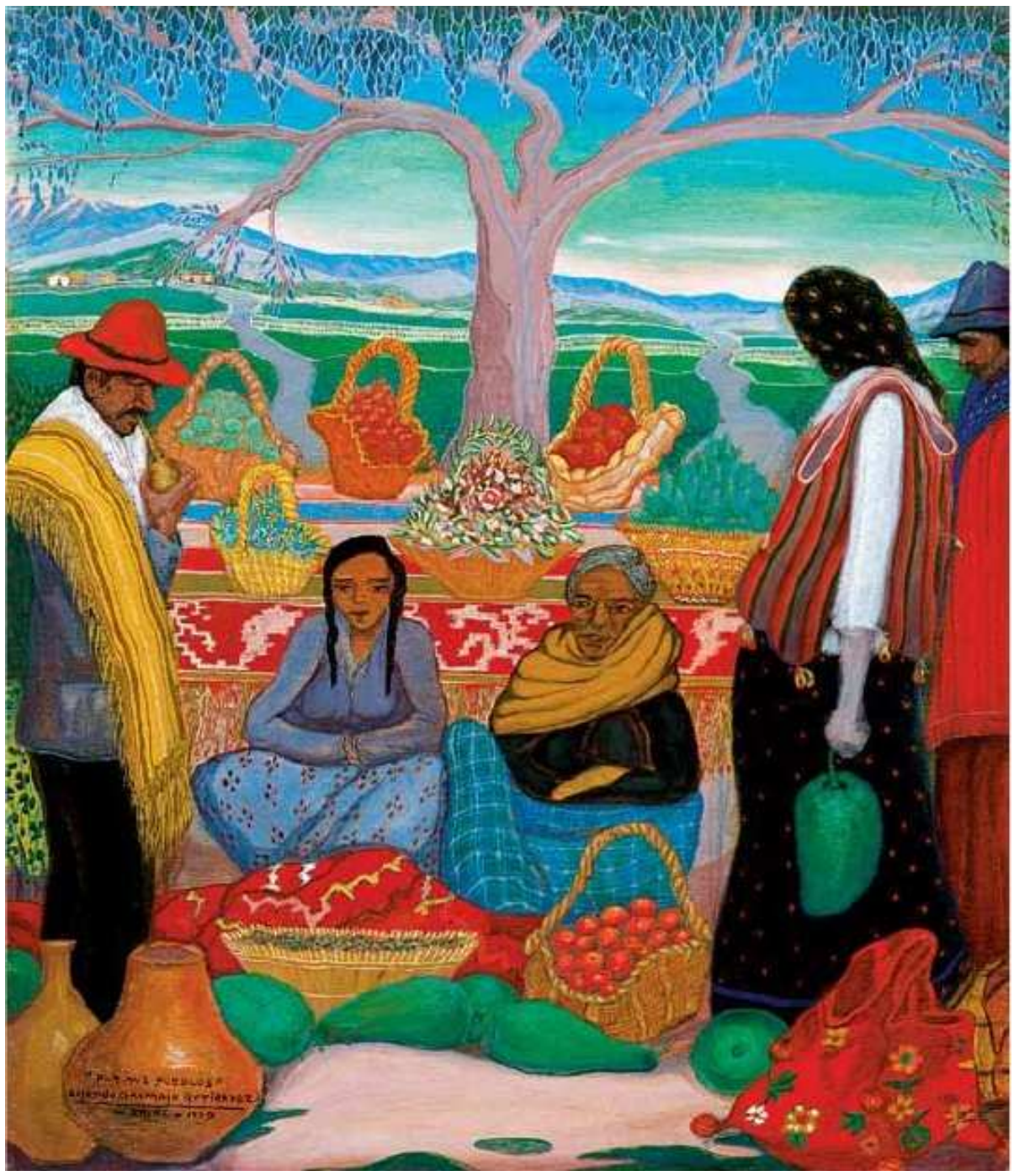
Horacio March (1899-1978)
Fábricas, 1933
Óleo sobre tela, 85 x 61 cm
Colección privada

Alfredo Guttero (1882-1932)
Cargadores ligures, 1926
Lápiz graso, óleo y tiza sobre tela, 190 x 150 cm
Colección privada

Emilio Pettoruti (1892-1971)
Quinteto, 1927
Óleo sobre madera, 149,5 x 131,5 cm
Colección privada
Derechos reservados Fundación Pettoruti

Lino Enea Spilimbergo (1896-1964)
Terraza, 1930
Óleo sobre madera, 114 x 58 cm
Colección Eduardo F. Costantini

Antonio Berni (1905-1981)
La siesta y su sueño, 1932
Óleo sobre tela, 52,5 x 69 cm
MALBA - Fundación Costantini, Buenos Aires



Alfredo Gramajo Gutiérrez (1893-1961)
Por mis pueblos, 1927
Óleo sobre cartón, 51 x 44,5 cm
Museo de Artes Plásticas Eduardo Sívori, Buenos Aires

Antonio Berni (1905-1981)
Jujuy, 1937
Óleo sobre arpillera, 190 x 285 cm
Museo de la Patagonia Francisco P. Moreno, Bariloche

Raúl Soldi (1905-1994)
El baño en el lago, 1932
Óleo sobre tela, 110 x 75 cm
Fundación Soldi, Glew, provincia de Buenos Aires

Raquel Forner (1902-1988)
El drama, 1942
Óleo sobre tela, 125,5 x 174 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

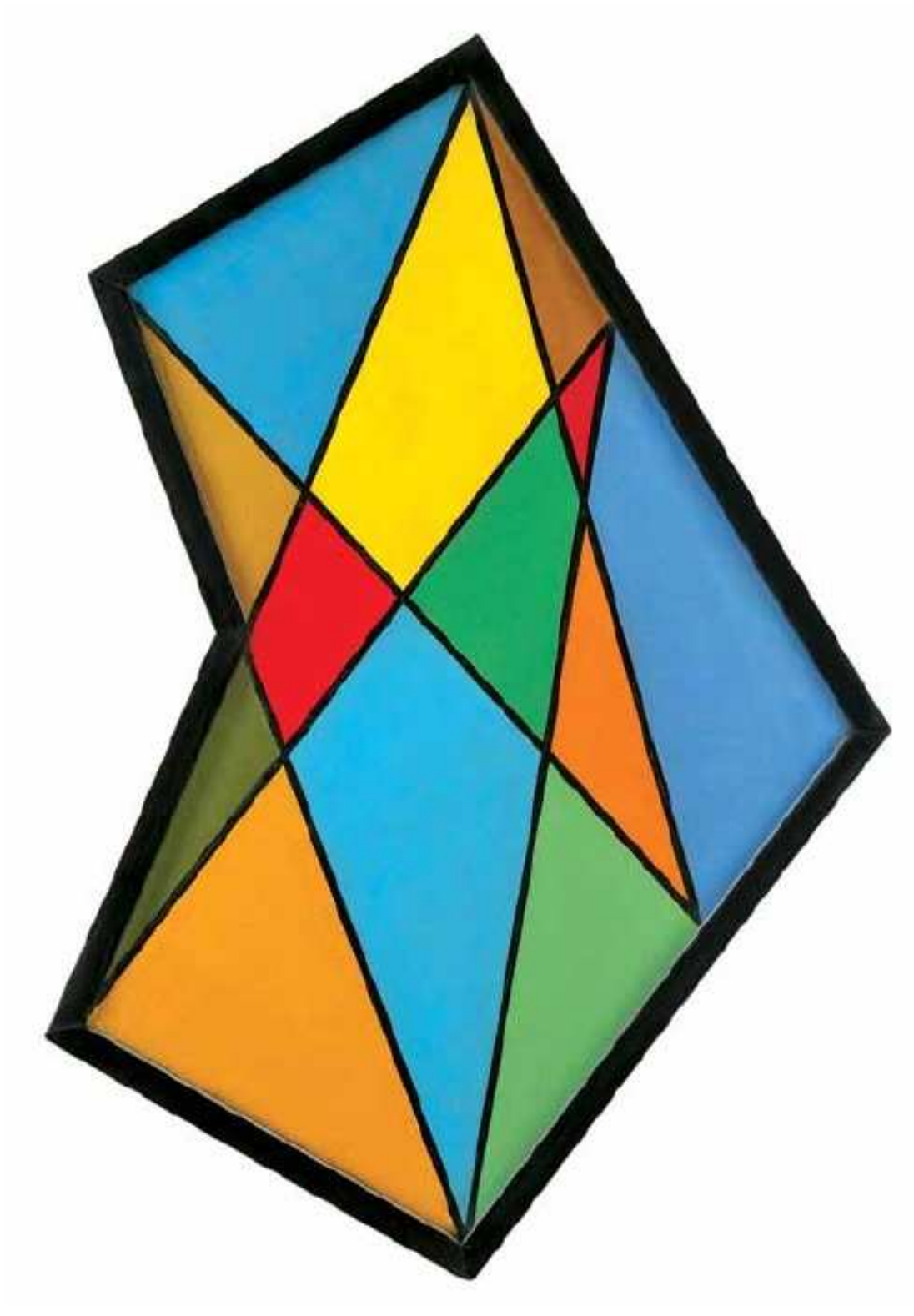
Alejandro Xul Solar (1887-1963)
Nana Watzin, 1923
Acuarela sobre papel, 25,5 x 31,5 cm
Colección Eduardo F. Costantini
Derechos reservados Fundación Pan Klub - Museo Xul Solar

Juan Batlle Planas (1911-1966)
Tribunal de pintores juzgando los elementos de la naturaleza, 1938
Témpera sobre papel, 28,5 x 46 cm
Colección privada

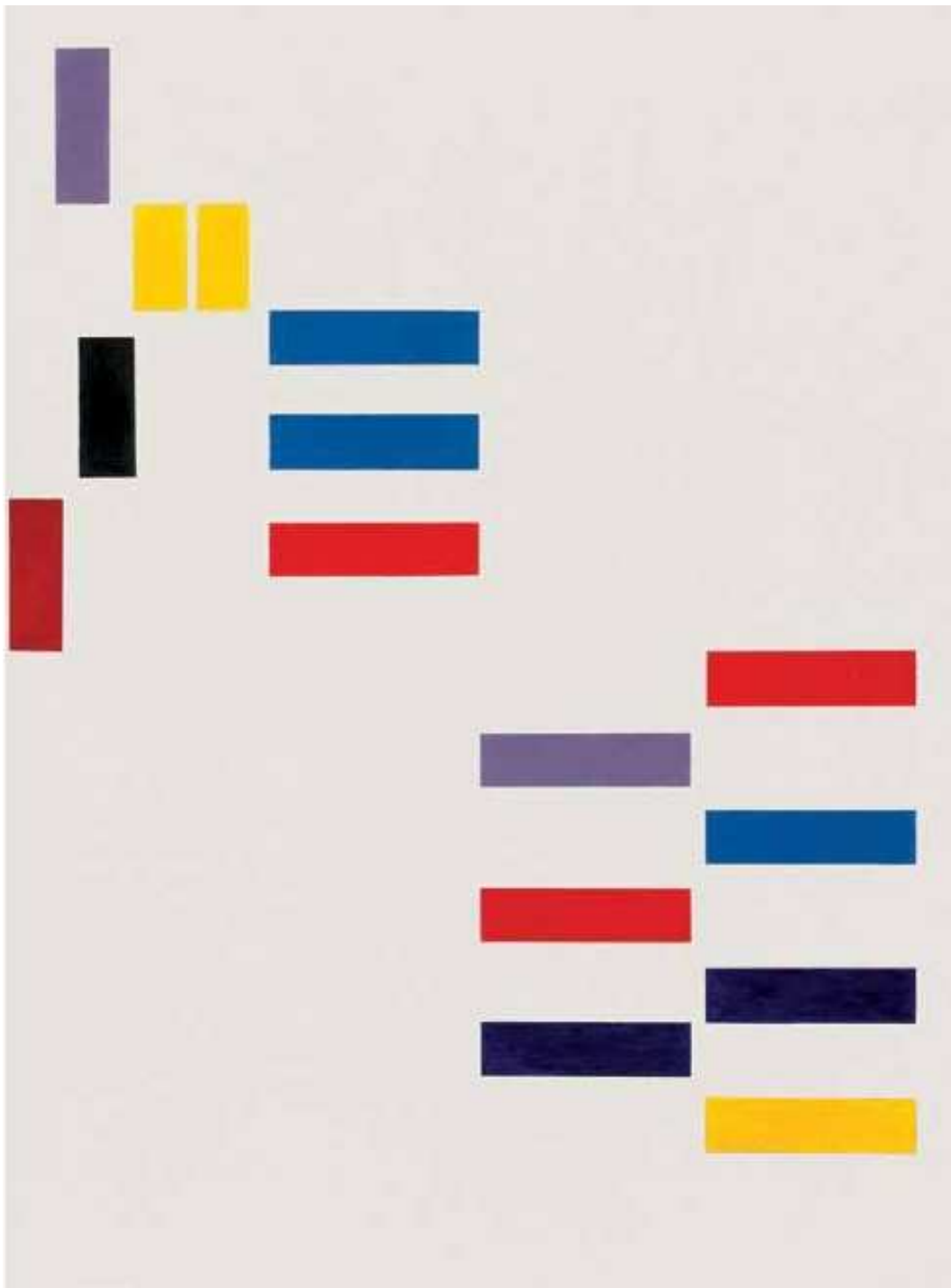
Víctor Cúnsolo (1898-1937)
Paisaje de la Boca, 1931
Óleo sobre hardboard, 69,5 x 99,5 cm
Colección privada

Fortunato Lacámera (1887-1951)
Vuelta de Rocha o *Pedro de Mendoza y Del Crucero*, ca. 1937
Óleo sobre tela, 83 x 110 cm
Colección privada

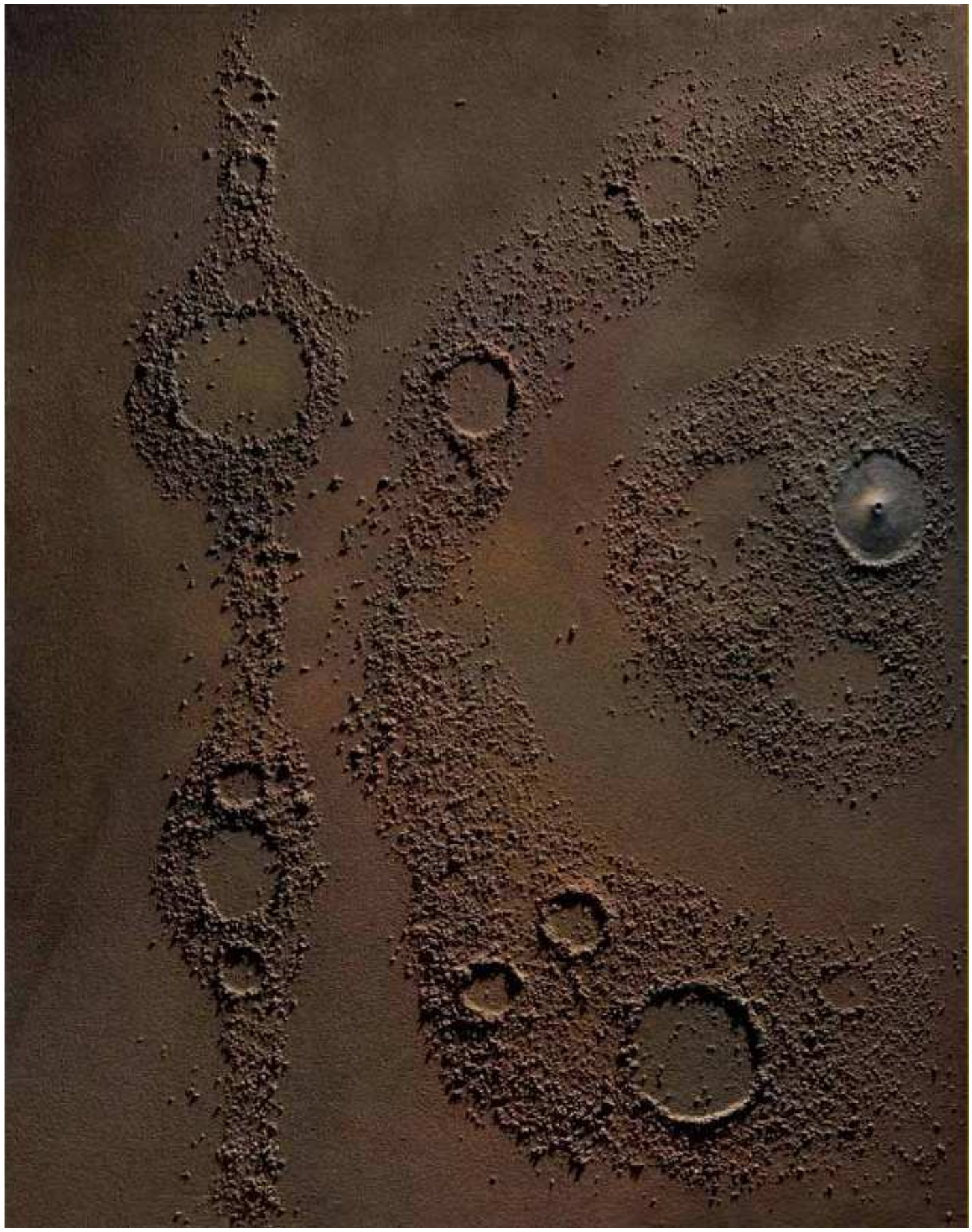
Tomás Maldonado (1922)
Sin título, 1945
Témpera y esmalte sobre cartón, 79 x 60 cm
Colección privada



Raúl Lozza (1911-2008)
Pintura Nº 27 de estructura clásica, 1945
Óleo sobre madera terciada, 61 x 40 cm
Colección privada

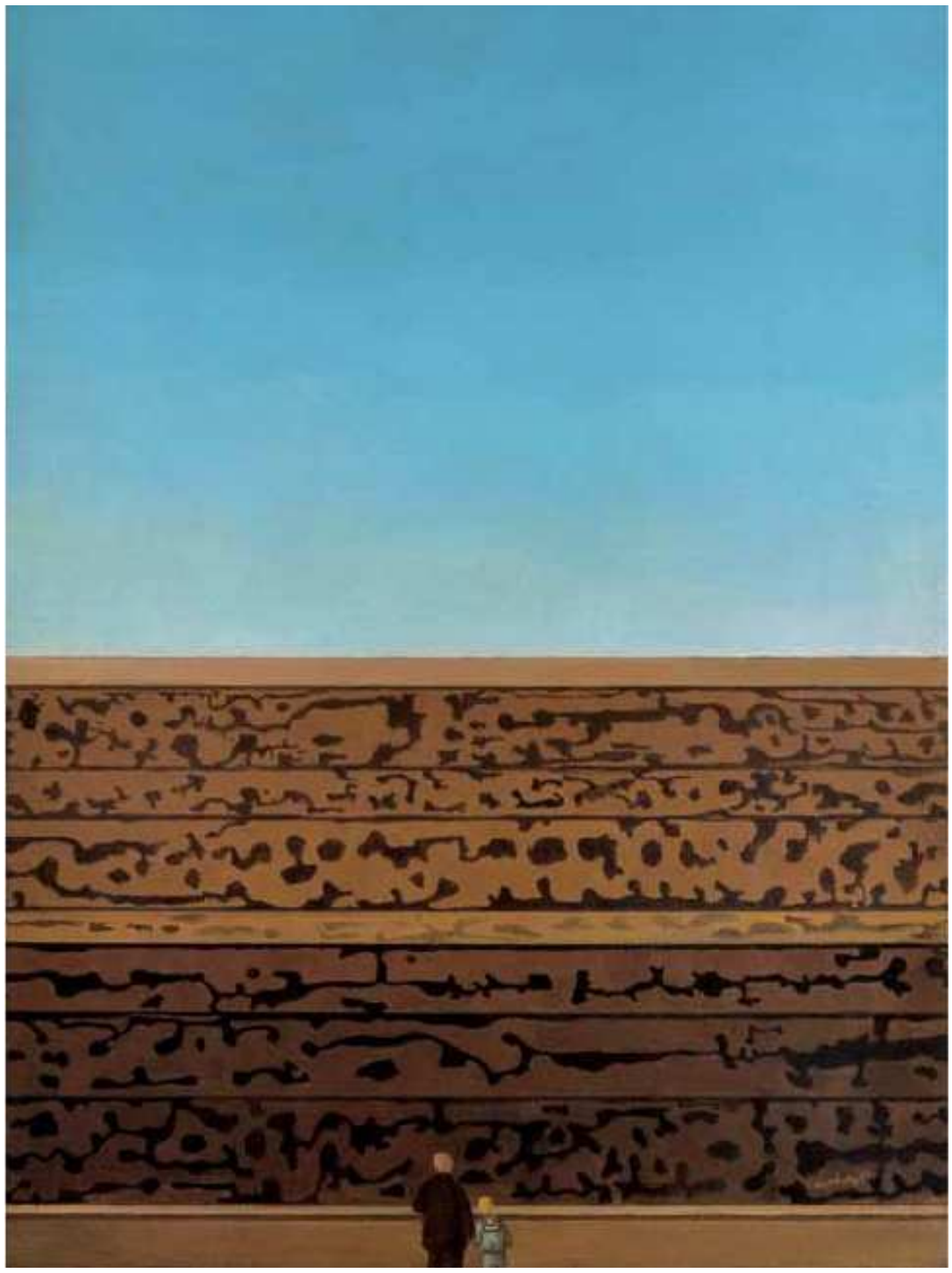


Lidy Prati (1921-2008)
Concret A4, 1948
Óleo sobre hardboard, 81,5 x 58 cm
Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires



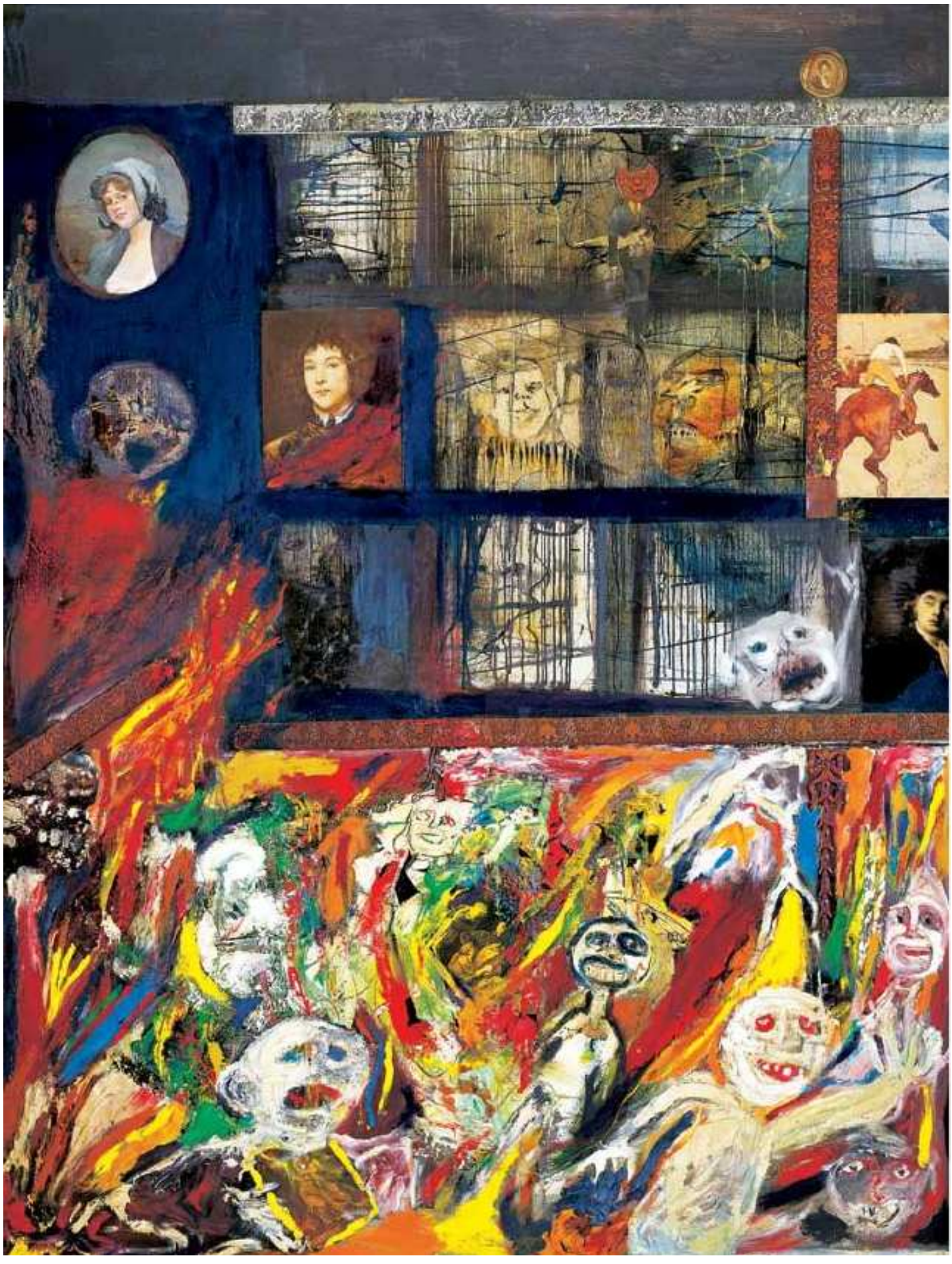
Emilio Renart (1925-1991)
Sin título, 1954
Óleo y arena sobre tela, 184 x 144 cm
Colección privada

Luis Wells (1939)
Jerry que fue Nathaniel, 1961
Maderas y tinta de lustre, 160 x 80 x 8 cm
Museo de Arte Moderno de Buenos Aires

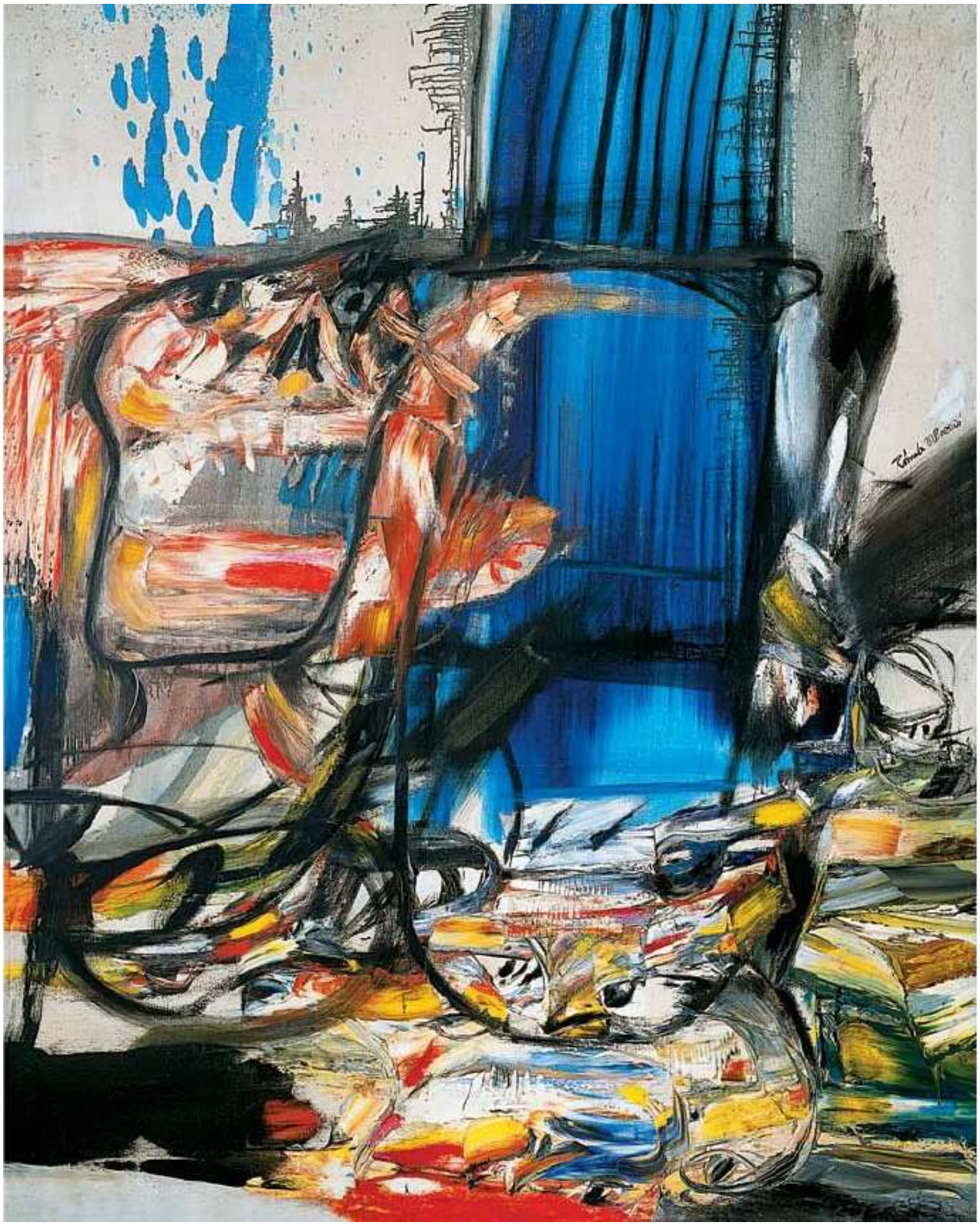


Roberto Aizenberg (1928-1996)
Fiesta (serie *Padres e hijos*), ca. 1962
Óleo sobre hardboard, 43,5 x 32,5 cm
Colección privada

Antonio Berni (1905-1981)
Carnaval de Juanito, 1962
Aguada, madera, metales, cartón, encaje y otros materiales sobre aglomerado, 141 x 163 cm
Colección privada



Luis Felipe Noé (1933)
El incendio del Jockey Club, 1963
Óleo y collage sobre tela, 199,5 x 150 cm
Colección Magaly Capriles



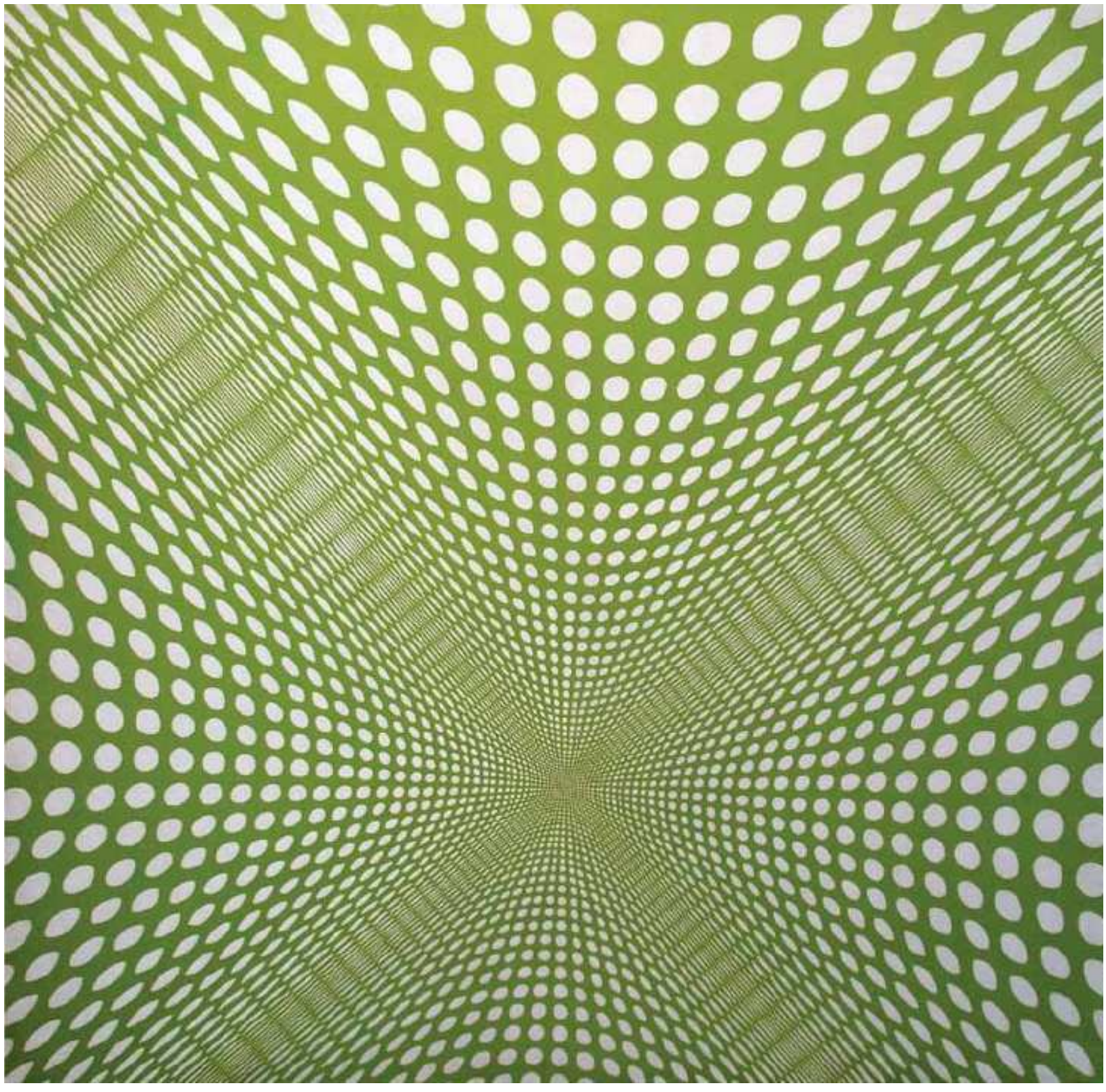
Rómulo Macció (1931)
Cárcel = Hombre, 1961
Óleo y esmalte sintético sobre tela, 250 x 200 cm
Colección privada

Jorge de la Vega (1930-1971)
Music hall, 1963
Óleo, tela encolada, metal y monedas sobre tela, 260 x 195 cm
Colección Magaly Capriles

Nicolás García Uriburu (1937)
El jardín de las cotorras, 1967
Óleo sobre tela, 180 x 200 cm
Colección privada

Jorge de la Vega (1930-1971)
Sin título, 1967
Panel de díptico, acrílico sobre tela, 150 x 150 cm
Colección privada

Víctor Magariños D. (1924-1993)
Sin título, década del 70
Acrílico y yeso sobre hardboard, 90 x 90 cm
Colección privada



Carlos Silva (1930-1987)
Agoo, 1965
Óleo sobre madera, 180 x 180 cm
Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

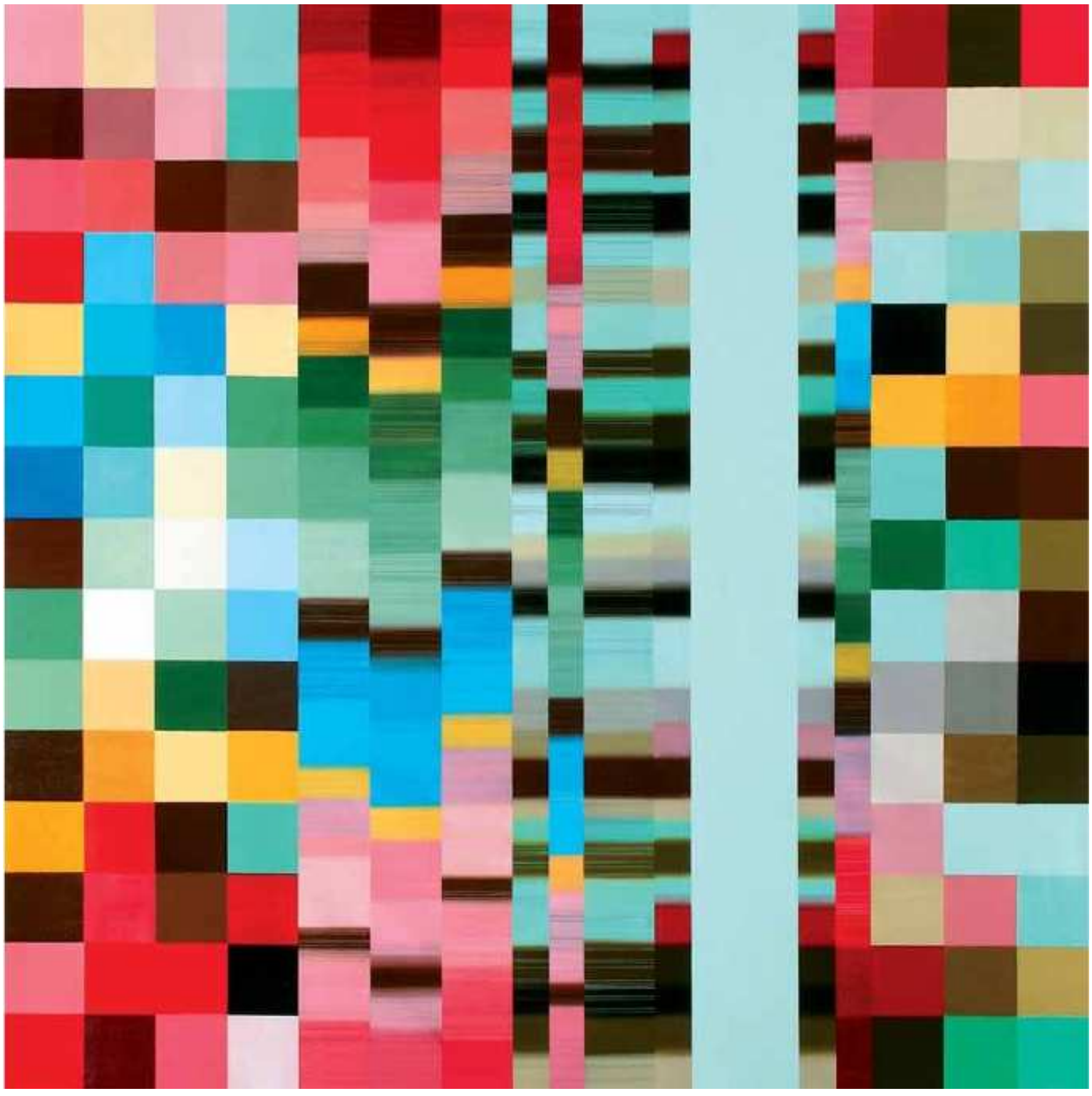
Ana Eckell (1947)
El escarmiento, 1984
Óleo sobre tela, 140 x 200 cm
Colección privada

Marcia Schvartz (1955)
Florista, 1979
Acrílico y calcomanías sobre tela, 100 x 70 cm
Colección privada

León Ferrari (1920-2013)
Cuadro escrito, 1964
Tinta china sobre papel, 64 x 48 cm
Colección Eduardo F. Costantini

Guillermo Kuitca (1961)
Plano de Madrid, 1987
Acrílico sobre tela, 143,5 x 138 cm
Colección privada

Juan José Cambre (1948)
Sin título, 2014
Acrílico sobre tela, 130 x 170 cm
Colección del artista

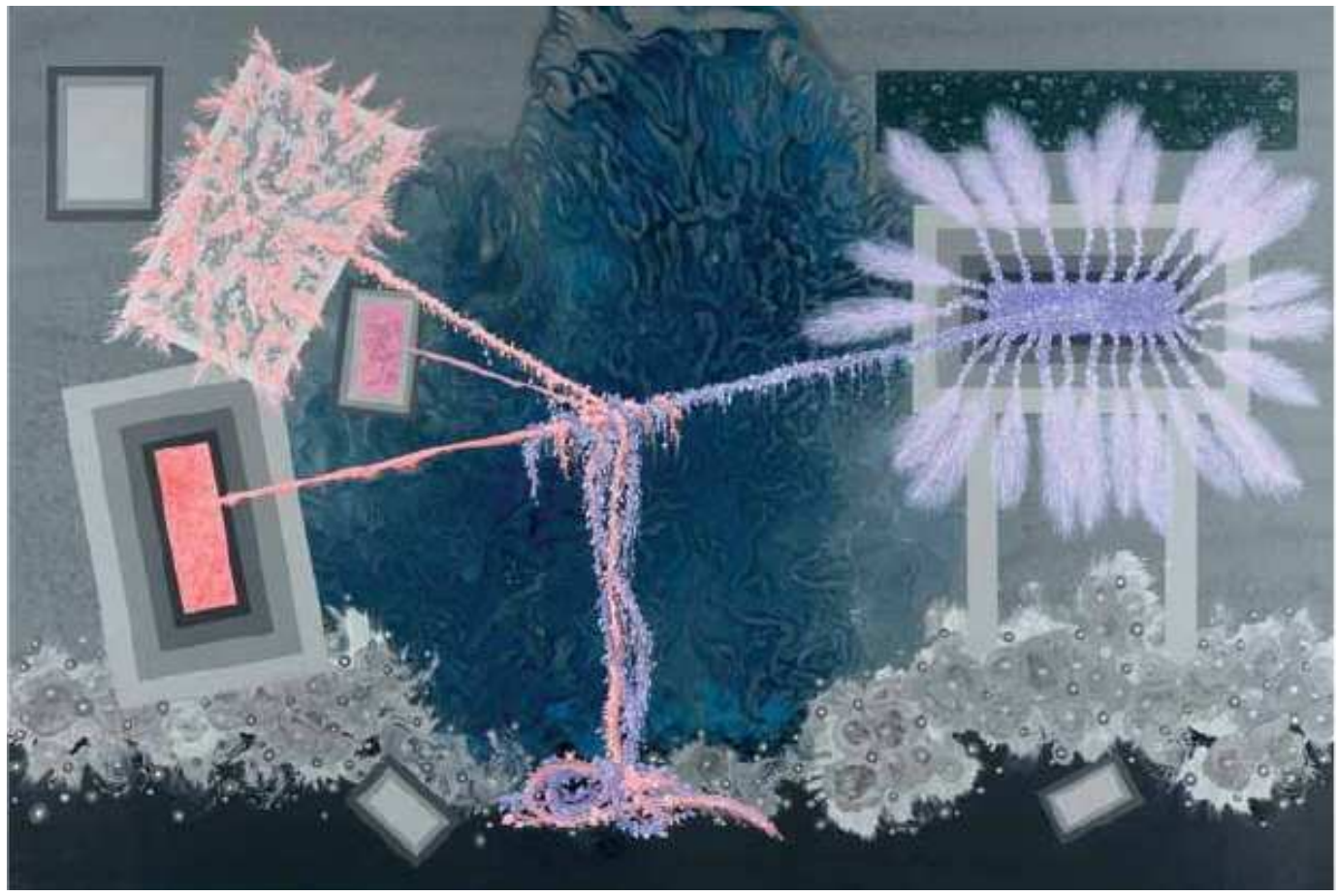


Silvia Gurfein (1959)
Sin título (serie *Ensayo sobre la imposibilidad de ver*), 2005
Óleo sobre tela, 150 x 150 cm
Colección privada

Eduardo Stupía (1951)
Sin título, 2012
Grafito, carbonilla, lápiz, acrílico, tinta y esmalte sintético sobre tela, 100 x 100 cm
Colección privada

Marina De Caro (1961)
Retos rojos, 2008
Tinta, pastel tiza y óleo sobre papel, 150 x 220 cm
Colección privada

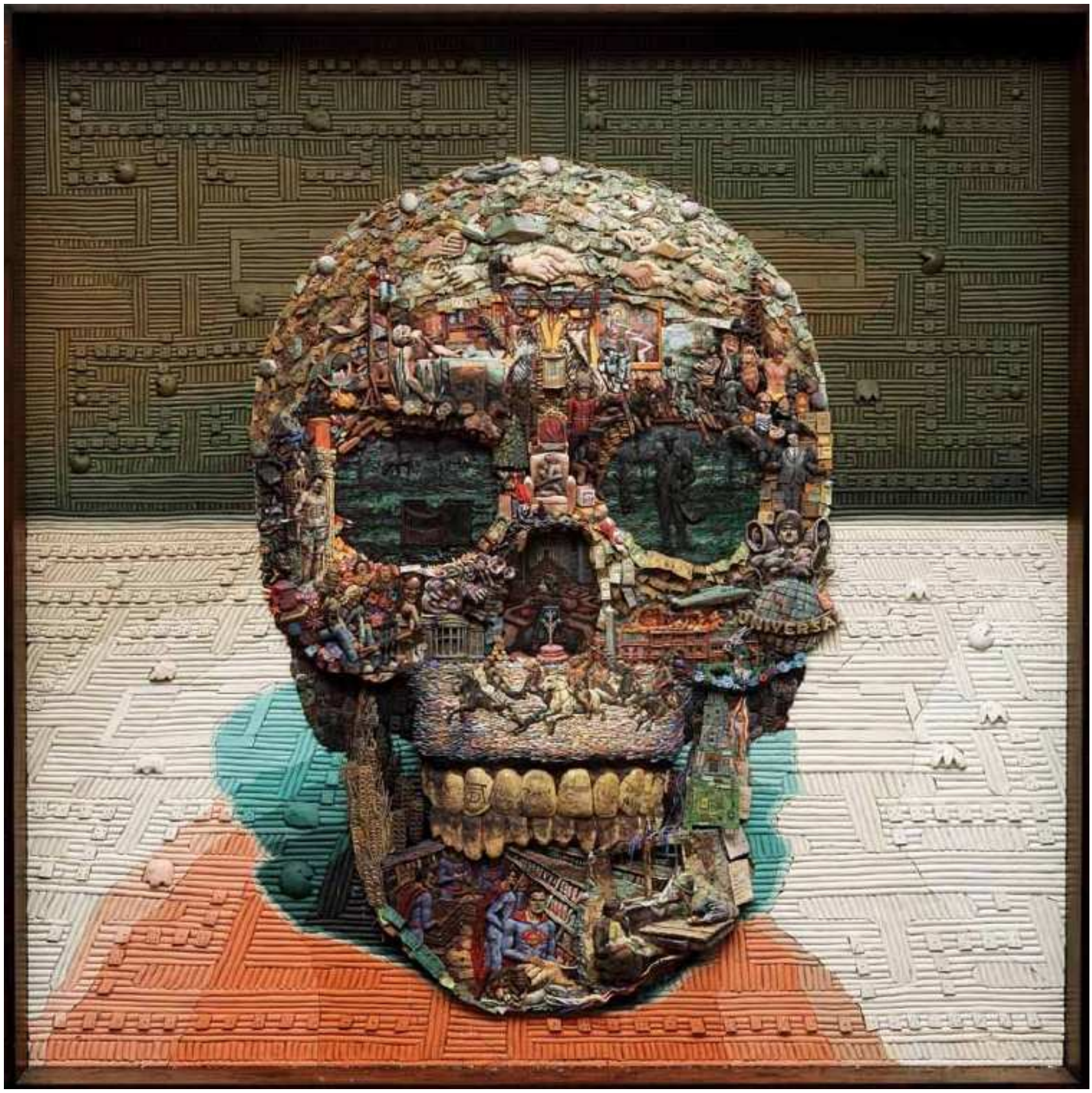
Juan Becú (1980)
Flores (serie *Universos quemados*), 2010
Óleo sobre tela, 230 x 180 cm
Colección privada



Marcelo Pombo (1959)
Paisaje gris, 1997
Esmalte sobre madera, 39,5 x 59,5 cm
Colección privada

Benito Laren (1962)
Me hice un 7 (serie *Un 7*), 2012
Acrílico sobre vidrio, 50 x 60 cm
Colección privada

Max Gómez Canle (1972)
Sin título, 2015
Óleo sobre tela, 50 x 50 cm
Colección privada



Mondongo (colectivo, 1999)
12/12, 2013
Plastilina sobre madera, 201,5 x 201,5 x 21,5 cm
Colección privada

Cynthia Cohen (1969)
E13, 2005
Óleo y esmalte sobre tela, 300 x 200 cm
Colección privada

Este proyecto es una iniciativa de Ricardo Esteves
Editor: Ricardo Esteves
Editor adjunto: María Torres
Administración: Héctor Torre
Diseño: Ricardo Esteves
Asistencia en diseño: Melania Macchi
Fotografía: César Caldarella, Patricio Pueyrredón
Asistencia editorial: Manuela Otero
Consultores: Mercedes Casanegra
Viviana Usubiaga
Corrección: Alicia Di Stasio y Mario Valledor
Retoque digital: Carlos Asset
Digitalización de imágenes: Artpress S.A.

AGRADECIMIENTOS

Albertina Batlle Planas, Giselle Batlle Planas, Silvia Batlle Planas, Juan Becú, Julián Benedit, José Antonio e Inés Berni, Silvia Bloise y Antonio Belaustegui, Juan José Cambre, Cyntia Cohen, Marina De Caro, Ramón de la Vega, Ana Eckell, Nicolás García Uriburu, Max Gómez Canle, Nieves Gramajo Gutiérrez, Silvia Gurfein, Sonia Hlito, Julieta Kemble, Guillermo Kuitca, Benito Laren, Rómulo Macció, Tomás Maldonado, Mondongo, Nora E. Müller, Luis Felipe Noé, Marcelo Pombo, Dolores Rubio, Antonio Seguí, Eduardo Stupía. Fundación Augusto y León Ferrari, Fundación Forner-Bigatti, Fundación Pan Klub - Museo Xul Solar, Fundación Pettoruti www.pettoruti.com, Fundación Soldi, Fundación Spilimbergo.
Colección de Arte Amalia Lacroze de Fortabat, Buenos Aires; MALBA - Fundación Costantini, Buenos Aires; Museo Castagnino+macro, Rosario; Museo de Arte Moderno de Buenos Aires; Museo de Artes Plásticas Eduardo Sívori, Buenos Aires; Museo de Arte Tigre; Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, Bariloche; Museo Histórico Nacional, Buenos Aires; Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.
Christie's, las galerías Maman Fine Art, Palatina, Traba y Vasari de Buenos Aires.
Alejandro Blaquier y María Mazzini, Santiago Blaquier y Carolina Eiras, Ana Bertollo, Alberto Bodini, Carlos Braun, Andrés Buhar, Magaly Capriles, Stella Cárcano, Marcela Cardillo, Cristina Carlisle, Eduardo F. Costantini, Jorge Helft, María José Herrera, Gabriel Levinas, Daniel Maman, Fabio Miniotti, Joaquín Molina, Victoria Noorthoorn, Marina Pellegrini, Norma Quarrato, Ricardo Romegialli, Daniel Soldi, Claudio Stamatto, Gustavo Teller, Gabriel Traba.
Un agradecimiento especial de los editores a Guillermo Jaim Etcheverry y Esteban Tedesco.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

César Caldarella: retiración de tapa, pp. 4, 9, 13, 14-15, 16, 18 a 20, 22 a 25, 27, 28, 30 a 36, 38, 47 | Equipo de fotografía del Museo Nacional de Bellas Artes: p. 49 | Ignacio Iasparra: p. 57 | Gustavo Lowry: p. 40, gentileza Silvia Gurfein : p. 55 | Will Michells, The Museum of Fine Arts Houston, gentileza MALBA: p. 42 | Patricio Pueyrredón: contratapa, retiración de contratapa, pp. 2, 17, 37, 39, 41, 50, 52 a 54, 56, 58 a 61 | Norberto Puzzolo: gentileza Museo Castagnino+macro: p. 12 | RES, gentileza de Untref - Muntref: p. 48 | Gustavo Sosa Pinilla: tapa, pp. 11, 26, 44, gentileza Mondongo: p. 62 | Carlos Germán Rojas: pp. 43, 45 | Fotos sin crédito: gentileza Christie's: p. 10, gentileza Colección de Arte Amalia Lacroze de Fortabat: p. 12, gentileza Fundación García Uriburu: p. 46 | gentileza Gabriel Levinas: p. 51 | gentileza Daniel Maman: p. 63 | gentileza Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno: 29 | © 2015 Marcia Schvartz/ SAVA, Buenos Aires

Nota de los editores: La presente selección de pinturas incluía un cuadro de Benito Quinquela Martín, a quien consideramos un artista fundamental del arte argentino, pero no fue posible alcanzar un acuerdo con la sucesión del pintor, dueña de los derechos de reproducción de su obra.

Producido en la Argentina en 2014 y 2015 por RIEM S.R.L.
Responsable editorial y legal: RIEM S.R.L., Rodríguez Peña 450, piso 3º B, Buenos Aires.

Impreso en Argentina en 2015 por Arcángel Maggio S.A.
BANCO HIPOTECARIO SA © 2015 todos los derechos reservados

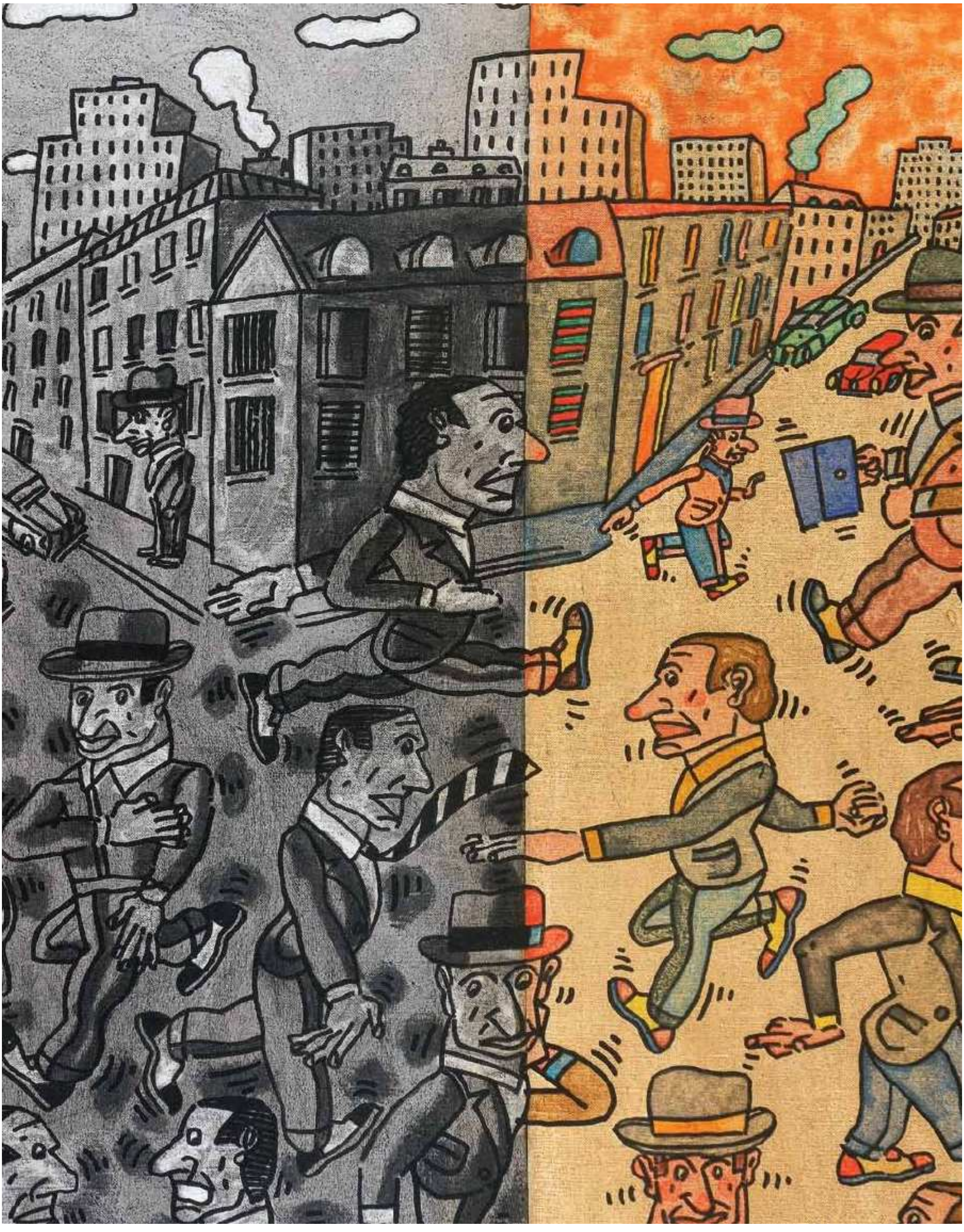
Pintura Argentina
ISBN 978-987-29989-4-3

Malosetti Costa, Laura
Pintura argentina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Banco Hipotecario, 2015.
64 p. : il. ; 33x24 cm.

ISBN 978-987-29989-4-3

1. Arte. I. Título
CDD 759.82

La presente publicación carece de fines comerciales y ha sido propiciada por el Banco Hipotecario con el objetivo de contribuir a la difusión del arte nacional. Por consiguiente, cualquier ingreso proveniente de la eventual venta de ejemplares será destinado por el Banco Hipotecario al fomento del quehacer artístico y cultural.



BANCO